

A LA INDIVIDUACION POR LA PERTENENCIA

*Juan Urrutia Elejalde
Catedrático de Fundamentos Del Análisis económico
Presidente del Consejo Editorial de EXPANSION*

A LA INDIVIDUACIÓN

POR LA PERTENENCIA

INDICE:

	Pag.
0. Introducción.....	3
1. Un poco de Teoría Económica.....	5
2. Principios de liberalismo.....	8
3. Dudas razonables sobre el individualismo.....	12
4. Identidad y reconocimiento.....	17
5. Individuación.....	20
6. Algunas concreciones	23
7. Conclusión.....	26

Notas

Referencias

Lo que me parece es el problema central de la Teoría Política....(sería)...el conocido problema de intentar reconciliar la posición de la colectividad con la psición del individuo....(considerándolo) en su origen y esencia como un asunto referido a la relación del individuo consigo mismo(es decir) a al división que se da en cada individuo entre dos puntos de vista: el personal y el impersonal. El segundo representa a la colectividad y plantea sus demandas a cada individuo.

Thomas Nagel, 1991

Las demandas asociadas a la nacionalidad han llegado a dominar la política en la última década del siglo XX....Importa menos, parece, si el Estado abraza el mercado libre, la economía planificada o algo intermedio. Lo que importa sobre todo es la demarcación..... quiénes estarán dentro y quiénes fuera, cual será la lengua, qué religión será la oficial y qué cultura se promocionará. Batallas libradas siglos atrás adquieren, súbitamente, una importancia inédita en la medida en que simbolizan conflictos étnicos entre grupos que han vivido juntos en aparente armonía en la historia reciente.....Al mismo tiempo, en Occidente, los viejos Estados-nación europeos son desafiados por grupos diversos que reclaman que sus identidades están siendo violadas y que sus demandas legítimas se ignoran en la política nacional real

David Miller, 1995

INTRODUCCIÓN

Se nos reúne para contestar a la pregunta de si se puede ser liberal y nacionalista. Ante una pregunta así uno siente dos impulsos inmediatos. El primero es llevarse la mano a la oreja y lanzar un “¡mande!” entre irónico y asombrado. Efectivamente no hay respuesta posible que, de primeras, aparezca como obvia. Y justamente es así porque inmediatamente vienen a la mente ejemplos contradictorios cuyo examen constituye el otro impulso inmediato.

Los EE.UU. de América serían sin duda un país nacionalista y, sin embargo, nos parece como el centro de un liberalismo paradigmático, a pesar de que su comercio internacional no está liberalizado realmente, a pesar de los apoyos a la agricultura y a pesar de las mil y una regulaciones que te persiguen diariamente en ese país. China, por el contrario, es un país nacionalista pero que no es liberal en ningún sentido, ni económico, ni social. Gran Bretaña, por otro lado, sería al menos tan liberal como el que más pero no es, al menos hasta ahora, muy nacionalista¹. Y el caso de España sería también diferente. Es muy liberal en cuestiones sociales o de libertades civiles, es una economía muy abierta, pero es también muy nacionalista tal como lo muestra, si no fuera obvio, la práctica del nacionalismo económico que sale a relucir en cuanto se habla del mercado global de empresas.

Bastan estos ejemplos tan poco conflictivos² para comenzar diciendo que la cuestión no es fácil de contestar en términos prácticos y medibles y que no tenemos más remedio

que atacarla, si queremos hacer algo más que pasar un buen rato de gimnasia mental, a partir de *principios* que se suponen definitorios del liberalismo y del nacionalismo.

Pero, por otro lado, es imposible no apercibirse de que la pregunta se hace a tres economistas. Luego, además de *principios*, parece que algo de Economía –Teoría Económica en mi caso- debería lucir en este encuentro. Cumplir con esta expectativa facilita mi tarea; pero quizá haga de mi discurso algo menos lineal y transparente de lo deseable.

De acuerdo con estos comentarios introductorios, en la primera sección me revestiré de mi disfraz habitual y hablaré de Teoría Económica, aunque no entraré a fondo en el problema sencillo del libre comercio al que solo me referiré de pasada en estas notas a pesar de que sea el primero que viene a la mente cuando se trata de comparar el nacionalismo y el liberalismo desde el punto de vista económico. Este asunto está zanjado hace tiempo. La vuelta a un nacionalismo económico es una trampa, aunque en momentos concretos no es de extrañar que se olviden los principios y se cultive un oportunismo miope aunque completamente racional para el que lo practica. En la segunda sección, me revestiré de un disfraz alquilado y trataré de improvisar algunas ideas de filosofía política que no hacen sino continuar mi intervención en este foro hace un año. Hablaré de principios liberales, reservando el crucial del individualismo para la tercera sección. En la cuarta apuntaré a una especie de caracterización del nacionalismo refiriéndome a identidad y reconocimiento. En la quinta sección trataré de explicar lo que es el mensaje central de este trabajo, que el individuo no nace como tal, sino que tiene que llegar a serlo a través de un proceso

doloroso de despojamiento en el que juega un papel crucial, aunque transversal, el nacionalismo. En la sexta sección destacaré algunas concreciones del análisis abstracto efectuado hasta ese momento y, finalmente concluiré, en la sección séptima, que no se puede ser liberal sin ser nacionalista. O, más exactamente, que **no se puede ser (del todo) liberal sin ser (algo) nacionalista.**

1. UN POCO DE TEORÍA ECONOMICA

La cuestión, tal como está enunciada en el programa de este curso, evoca a primera vista la contraposición entre la concepción estratégica e individualista de la convivencia y la concepción cooperativa de la misma. En consecuencia no es sorprendente pensar que la cuestión que nos ocupa está íntimamente relacionada con la contraposición individualismo/grupalismo o, en otro sentido más metodológico, individualismo/holismo. A este respecto, un buen punto de partida para un economista está en el Teorema de Equivalencia³. Este maravilloso resultado es muy fácil de enunciar, cosa que haré a continuación, y relativamente sencillo de interpretar en nuestro contexto. Servirá no solo como punto de partida, sino también como una referencia para comprender, más adelante y de manera precisa, las situaciones en las que sus supuestos centrales no se dan.

Recordemos para empezar dos conceptos básicos en Teoría Económica, ambos relativos a una Economía, E, con propiedad privada y que entendemos sin producción en aras de la sencillez conceptual. En esta economía una asignación es un reparto de los

m bienes existentes entre los n individuos que la componen, cada uno con sus preferencias. El primer concepto básico es el de asignaciones walrasianas. $W(E)$ nos da, para cada economía E , el conjunto de asignaciones que pueden ser sostenidas como un equilibrio competitivo en esa E , una situación ésta- la de equilibrio- en la que cada individuo obtiene, a los precios de equilibrio, una asignación propia que maximiza su utilidad al tiempo que los mercados se vacían. Esa descripción muestra claramente su raigambre individualista. El segundo concepto básico, el núcleo de una economía, $N(E)$, es de raigambre grupal y nos selecciona aquellas asignaciones que no pueden ser mejoradas por ninguna coalición de individuos. Si en una asignación, un grupo o coalición de individuos pudieran mejorar a todos sus miembros repartiéndose sus dotaciones iniciales, diríamos que esa asignación no pertenece al núcleo de esa economía E porque sería vetada (o mejorada) por esa coalición.

Notemos que el segundo concepto básico es más general pues utiliza meras instituciones básicas: el sistema de precios no entra en su descripción. Pues bien, el Teorema de Equivalencia nos dice que en economías infinitas, ambos conceptos coinciden y precisiones adicionales nos hacen entender que en economías finitas el núcleo $N(E)$ va estrechándose hacia $W(E)$ a medida de que el número de individuos aumenta y que lo va haciendo de una manera continua. Por lo tanto podemos muy bien pensar que en una economía global no hay por qué distinguir seriamente entre individualismo y grupalismo (o nacionalismo). No hay cuestión problemática a este nivel de abstracción y no parece sensato el enfrentamiento entre ambas nociones. Diríamos que el Teorema de Equivalencia constituye el fundamente de un individualismo que más adelante motejaré de ingenuo, pero que de momento me limito

a asociar a un cosmopolitismo desiderativo en el que no aparece el nacionalismo por ningún lado y en el que, argüiré. Se refugia un liberalismo para el que “todos somos iguales”, una expresión muy gráficamente utilizada por Sen en su último libro.⁴

Ahora bien, este punto de partida es importante precisamente porque descubre dos supuestos básicos cuyo incumplimiento nos acerca a un planteamiento menos abstracto y más cercano a la problemática que desearía abordar. El primer supuesto es que todas las coaliciones posibles pueden ser formadas y el segundo es que, dentro de una coalición cualquiera, el compromiso firme (“commitment”) de repartirse los bienes es posible. Dejamos este segundo para más adelante y pensemos brevemente en el primero, dando por supuesto, de momento, que existe la posibilidad técnica del “commitment”.

Para afrontar el problema de la formación de coaliciones en sí mismo hay que moverse en juegos cooperativos hedónicos. La gente se agrupa por afinidades de cualquier tipo que les proporcionan utilidad-de-estar-juntos y la pregunta es qué conjunto o conjuntos de coaliciones emergerán como solución de un juego cooperativo de formación de coaliciones. Hay muchas propuestas de solución pero lo que me gustaría destacar ahora es un teorema de imposibilidad debido a Barberá y Gerber que establece que no hay ninguna estructura coalicional que pudiera ser una solución del juego cooperativo hedónico y que satisfaga una serie de axiomas razonables entre los que se encuentra el de *auto-consistencia*, un axioma que nos exige que no haya un conjunto de agentes que preferirían estar en cualquier otra coalición perteneciente a la solución en lugar de estar en la que están, también perteneciente a esa solución. Sería

intuitivo y razonable dudar de la estabilidad de esa solución y por lo tanto de su idoneidad como tal solución.

Volveré más tarde a este teorema de imposibilidad de Barberá y Gerber, pero por ahora baste con notar que nos lleva a pensar que muy probablemente tenemos que admitir que la formación de coaliciones es un proceso dinámico sin reposo⁵ y que, en consecuencia, el Teorema de Equivalencia no es muy adecuado, a pesar de su importancia teórica crucial, para nuestra tarea de comparar el individualismo y el grupalismo como parte central de la discusión entre liberalismo y nacionalismo. Deberemos elegir entre uno y otro, bien en cada caso, bien en general. Al nivel de abstracción al que quiere moverse este trabajo, lo interesante es elegir entre liberalismo y nacionalismo de una manera general basada en *principios*.

2. PRINCIPIOS DEL LIBERALISMO

La mejor manera de comparar nacionalismo y liberalismo es hacerlo a lo largo de tres ejes: el individualismo, la libertad y el espontaneísmo social. Voy a argüir que el verdadero contraste está en el primer eje y no en los otros dos, aunque a veces sí que existen diferencias a lo largo de estos dos últimos⁶.

2.1. ESPONTANEÍSMO

Es verdad que ciertos nacionalismos pretenden frenar movimientos espontáneos que surgen en su seno y que podrían aparecer como amenazantes para el grupo⁷.

Esto se ve más claro en los nacionalismo no estatales; pero también ocurre en los nacionalismo estatales, como el español. El mejor ejemplo lo encuentro en nuestro entramado constitucional. El conjunto formado por el Título VIII de la Constitución y los Estatutos de Autonomía no permite el contacto directo entre CCAA aunque sean fronterizas. Naturalmente y debido al espontaneísmo este deseo constitucional implícito no se ha cumplido; pero se ha violado sólo en ocasiones poco importantes como pueden ser la construcción de autopistas.

Es también cierto que para un liberalismo de cualquier tipo el espontaneísmo aparece como importante y los intentos (nacionalistas) de frenarlo son repudiables. Sin embargo hay también ejemplos de sociedad liberales que frenan movimientos espontáneos sin dejar que desenvuelvan su potencial. Quizá el ejemplo más obvio sea el de Mrs. Thatcher y los Trade Unions a no ser que neguemos espontaneidad alguna en la formación de estos últimos. Si ese fuera el caso pensemos en la represión de los movimientos a favor de los derechos civiles en los USA de los años sesenta. Se me ocurre, en consecuencia, que por interesante que sea este principio no podemos hacer de él un rasgo diferencial serio entre nacionalismo y liberalismo.

Otra manera de mirar el espontaneísmo es pensar en su negativo: el desarrollo de instituciones de diseño, como por ejemplo un Banco Central⁸. Lo interesante es que, tal

como muestra este caso, no hay manera de diferenciar nacionalistas de liberales ni en principio ni en la práctica. Los liberales han abdicado de sus principios y además de aceptar este intervencionismo, se han acomodado a la idea nacionalista de controlar la propia moneda, quizá como una especie de mal menor para poder que otras actividades espontáneas pueda seguir ocurriendo. Sea por una razón o por otra, este principio no nos sirve, no tiene filo, no corta.

2.2. LIBERTAD

No es este el momento de explayarse en un análisis de este principio básico⁹; sino más bien de tratar de eludirlo para dotar de simplicidad de este trabajo. Para ello nos referiremos telegráficamente a la libertad económica y a las libertades civiles.

Respecto a la primera, basta con decir que ya no hay Estado alguno que defienda la planificación. Luego la discusión está en más o menos regulación, incluida la financiera. La distinción interesante aquí no está entre nacionalismo y liberalismo pues, desde que Hayek se expresó contundentemente contra el laissez-faire, no sabemos qué ni cómo pensar sobre regulación. Caso a caso es la respuesta más generalizada y, por cierto muy poco liberal en el sentido de Hayek aunque compatible con un liberalismo a lo Keynes.

En cuanto a las libertades cívicas, hay que hacer una distinción. Si el liberalismo fuera no consecuencialista, como lo son las posiciones de Hayek o Sen, diríamos que ese liberalismo es incompatible con el nacionalismo, porque este último sí que es consecuencialista ya que mide las cosas de acuerdo con su impacto en el bienestar,

mejora, cohesión o lo que sea, del grupo. Pero como hay un liberalismo consecuencialista (Keynes) no podemos afirmar su incompatibilidad general con el nacionalismo.

A este respecto es muy ilustrativo el contraste entre el sistema de salud de los EE.UU de América y el Sistema Nacional de Salud (NHS) inglés. Ante ambos se presenta el problema de la coordinación digital de las historias clínicas. Mientras los ingleses pretenden lograrla de arriba abajo en base a la autoridad que emana de la cúspide de su NHS, los americanos se limitan a incentivar la coordinación espontánea. Cabe preguntarse cual conseguirá antes su objetivo, pero cabe también pensar que es en el caso americano en el que se valora la libertad en sí misma..

Ahora bien, uno y otro Estado son liberales en principio; pero uno actúa de manera mas planificadora que el otro. Pero no es fácil asegurar que el más planificador es el más nacionalista. Por lo tanto, y a luz de estas breves consideraciones, me parece que la libertad tampoco es un valor que nos sirva para posibilitar o imposibilitar la simultaneidad entre nacionalismo y liberalismo.

2.3. INDIVIDUALISMO

Parecería que éste sí es un valor que ha de separar a los nacionalistas y los liberales. Aquellos creen que la partícula elemental de la sociedad sería un grupo (nacional) y éstos, sin embargo, piensan que esa partícula elemental es el individuo. Aquí la cosa se complica pues hay que hacer muchas distinciones. Así que mejor le dedicamos una sección aparte.

Pero antes de pasar a la próxima sección pensemos en la **autodeterminación** como una especie de principio o derecho que sería difícil de rechazar por parte de los liberales, ya que está en la base del espontaneísmo social y su no reconocimiento violaría la libertad de los ciudadanos conformados en un grupo, sea el que fuere. O sea que aquí estos liberales estarían junto con los nacionalistas en la defensa de este principio diferenciándose quizás en las condiciones de su ejercicio. .

3. DUDAS RAZONABLES SOBRE EL INDIVIDUALISMO

Si el espontaneísmo y la libertad son dos principios que no nos permiten distinguir de manera nítida el liberalismo y el nacionalismo, sólo nos queda el individualismo como posible criterio discriminador. Respecto a este criterio caben también reservas que no resultan tan heréticas como pudiera parecer a primera vista.

Comencemos por examinar el individualismo metodológico dejando para más adelante algunos comentarios sueltos sobre el individualismo valorativo. Para un economista convencional no parecería haber aquí ningún problema pues difícilmente aceptará una forma de explicación que no esté basada en la racionalidad individual y de tipo instrumental. Sin embargo, aún en el caso de que pareciera inexpugnable, cabe criticar el principio en sí haciéndose eco de algunas reflexiones que trabajan en contra de la manera convencional de entenderlo en tres direcciones distintas a las que añadiré una cuarta más adelante.

La primera dirección antiindividualista provendría de metodólogos como Lawson que profesan una aproximación ontológica hacia la economía. En otro lugar¹⁰ he

explicado breve y contundentemente lo que esto significa. Considera Lawson que se puede y se debe separar con claridad las regularidades superficiales y observables de la estructura profunda de un sistema social. El “mundo social”, de acuerdo con el realismo trascendental que profesa Lawson, es un mundo emergente que depende de nosotros y está compuesto de grupos de individuos y por las reglas y las prácticas sociales seguidas dentro de cada uno de estos grupos. Constituye por lo tanto este “mundo social” un sistema abierto, intrínsecamente dinámico y además internamente relacionado en el sentido de que cada individuo en cada grupo está necesariamente situado en relación a los otros miembros del grupo. Esta posición metodológica, que, incidentalmente, resuena en la misma onda que las corrientes profundas del marxismo y del espontaneísmo austriaco, implica necesariamente que el individualismo metodológico no es apropiado para analizar la realidad social.

La segunda dirección antiindividualista tendría su origen en las consideraciones hermeneúicas sobre el individuo de las que se hace eco Davis en su intento de caracterizar la naturaleza de ese individuo. Davis reacciona contra la concepción naturalista del agente individual propia de la corriente principal de la economía. Para esta corriente, el agente individual sería el átomo primitivo de la sociedad con todo el espesor ontológico de lo que llamamos sujeto en la dicotomía ilustrada entre sujeto y objeto. Para Davis esta concepción es insostenible porque ese átomo social, aunque fuera irreductible, está endógenamente determinado tal como sugieren las críticas contemporáneas al atomismo naturalista de la identidad individual. Para la faceta sociológica de esta crítica antiindividualista (muy similar a las ideas de Sen) el individuo es una creación social que hace y deshace sin parar su identidad y, para la

faceta propiamente hermenéutica y postmoderna, el individuo es un mero *constructo* lingüístico inexorablemente impuesto por el lenguaje : “ *Sin las ilusiones del lenguaje simplemente no hay agentes, no hay egos, no hay conciencia de sí.. Descartes y Locke supusieron que debía haberlos porque un mundo sin individuos –un mundo, entonces, sin Dios- era demasiado terrible de contemplar. Sin embargo para Nietzsche, el lenguaje era un voluble juego de máscaras detrás de las cuales no había, simplemente, nada. Las ideas de Nietzsche reaparecen en Derrida, Foucault, Lyotard, Jameson, Rorty, Baudrillard y otros... para quienes la identidad individual siempre se disuelve en la nada en cuanto intentamos localizarla*”. Estos ensayistas franceses (más el traidor Rorty) serían los embaucadores, taimados enemigos de los valores ilustrados, a los que se refiere, por ejemplo, Martin Wolf en la introducción de su último libro. Esta apreciación se entiende si recordamos que entre Nietzsche y ellos no hay para pragmatistas americanos o naturalistas británicos, nada filosóficamente relevante. Para ellos, en efecto, no habría en ese terreno más que un confuso Husserl que quiere poner entre paréntesis tanto el yo como el mundo y concentrarse en lo del medio, un incomprendible Heidegger y unos filósofos menores que responden al título de hermeneutas y que insisten en pensar que el mundo, en lugar de estar ahí para ser entendido, en realidad nos habla sobre viejas narraciones en las que el mundo nos habla sobre viejas narraciones en las que A mi juicio, sin embargo, la displicencia hacia estos filósofos postmodernos es una muestra de prejuicio gratuito y filosóficamente insostenible.

La tercera dirección antiindividualista proviene de una posible interpretación del dilema discursivo hecha por Pettit. La voy a presentar mediante un ejemplo muy

simplificado que, en cualquier caso, deja traslucir su raigambre política más que filosófica. Pensemos en un Gobierno nacional formado por tres individuos, A,B,y C, un presidente y dos ministros. Este grupo tiene que decidir por mayoría si da vía libre a una OPA determinada. Cada miembro de este gobierno considera dos argumentos: si la OPA mejora la competencia o la empeora dentro del país y si resulta o no en un campeón nacional. Cada miembro del Gobierno razona de manera tal que un juicio afirmativo sobre cualquiera de los dos argumentos, o sobre ambos, le lleva a emitir un juicio positivo sobre la admisión de la OPA, siendo este juicio suyo negativo sólo en el caso en el que piense que ni mejora la competencia ni se crea un campeón nacional. En esas circunstancias puede darse la configuración de opiniones reflejada en la matriz adjunta.

	Mantiene la Competencia?	Crea Campeón Nacional?	Admite OPA?
A	Sí	No	Sí
B	No	Sí	Sí
C	No	No	No

El dilema es evidente cuando se utiliza la mayoría como decisión del grupo. Si el Gobierno vota directamente sobre si admitir o no la OPA, la tercera columna nos dice que la admitirá. El individualismo a ultranza genera una respuesta positiva. Pero pensemos que el Gobierno procede en dos pasos. En el primero decide si la OPA mejora o no la competencia. La primera columna nos dice que el Gobierno piensa, por mayoría, que ese no es el caso. En el segundo paso el Gobierno piensa, también por mayoría, que la OPA tampoco consigue un campeón nacional. En esta situación el Presidente utiliza

la forma de decisión supuesta para cada individuo y el Gobierno rechaza la OPA. Un individualismo no tan directo como el anterior; pero individualismo al fin, nos lleva pues al rechazo de la OPA. En este segundo tipo de individualismo más matizado el grupo ha sido considerado como un individuo a efectos de que el Presidente decida según el procedimiento previsto.

A partir de este dilema Pettit arguye que una decisión tomada de la segunda manera expuesta (que refleja un individualismo matizado y reconoce al grupo como tal) es más *contestable* que la alternativa y se puede discutir con mayor conocimiento de causa y que, por lo tanto, es preferible para quién defiende una democracia deliberativa que no sólo se fíe del voto; sino que pretenda guiarse por argumentos. Como estos últimos razonamientos de Pettit me convencen, me veo abocado, a admitir que algunos grupos (no necesariamente cualquiera), son algo más que una colección de individuos. Cuando esto es así el individualismo metodológico queda tocado.

De acuerdo con estas ideas de Pettit, que forman parte del ideario republicano, el mayor elemento agregado permitido en el análisis politológico puede no ser la persona; sino que cabe, en ciertas circunstancias, que sea un grupo. Sus opiniones son visibles y puede ser sujeto de derechos y obligaciones. Pero, esto hace añicos el individualismo valorativo. En efecto, en una democracia deliberativa debemos estar dispuestos a admitir que algunos grupos sean aceptados como relevantes en sí mismos a efectos de tomar decisiones. En un Parlamento, por ejemplo, tomando a cada grupo como un individuo es posible que se decida una cosa y que en un referéndum se decida la contraria.

Las dudas razonables sobre el individualismo que he presentado en esta sección y esta posible endeblez del individualismo valorativo que acabo de mencionar nos acerca a una cierta caracterización del nacionalismo a la que ahora voy a prestar atención.

4. IDENTIDAD Y RECONOMIENTO

Dejando aparte por un breve instante comentarios más profundos sobre el individualismo valorativo, parece que las críticas apuntadas servirían al menos para hacer reflexionar a los liberales, aunque no necesariamente deben ser interpretadas a favor del nacionalismo ya que éste es algo más que grupalismo práctico o holismo filosófico. Efectivamente el nacionalismo incorpora al grupalismo la identidad (con el “commitment” que ésta permite) y el reconocimiento.

4.1. IDENTIDAD Y “COMITTMENT”

Un grupo, o una coalición de las que hablaba en la sección 1, no tiene porqué ser una mera colección de individuos. Puede tener una cierta identidad de la que participan sus miembros y esa identidad puede hacer posible el commitment al que llamaríamos compromiso si esta palabra no tuviera una posible acepción completamente diferente a la que aquí pretendemos darle.

Un conjunto de individuos en efecto puede estar estructurado y de hecho en general esta estructurado por un conjunto de memes¹¹ sociales entre los que se encuentran valores, pautas de conducta, normas, leyes e instituciones que han surgido de la interacción entre los miembros individuales de ese conjunto. Una manera muy útil de pensar en estos memes sociales es como si constituyeran los equilibrios de un juego dinámico del tipo evolutivo, aunque esto choque con una interpretación estricta del espontaneísmo. Una vez alcanzados esos equilibrios, que lo son a prueba de invasión de mutantes, conforman la identidad del grupo y, de una forma menos precisa, constituyen el imaginario colectivo de ese grupo.

No hay individuo en este mundo que no forme parte de algún grupo con una identidad más o menos bien definida. Esto, desde luego, podría ser añadido como la anunciada cuarta dirección en la que podríamos dudar del individualismo metodológico. Sin embargo, la idea de identidad nos podría hacer dudar incluso del individualismo valorativo y esto abre nuevas perspectivas. Cada uno de los miembros del grupo lo valora como tal grupo, en buena parte porque le proporciona un sentido de pertenencia y, por lo tanto, siente que algo pierde si se separa de él para ingresar en otro, que puede ser objeto de venganza y que tendrá que pagar una penalización para reincorporarse. Estos tres costes constituyen el coste de la disidencia y, dependiendo de ellos nos encontramos con que la identidad es más profunda, en el sentido de que es más difícil de disolver, cuanto mayor es la amenaza posible contra el disidente y cuanto menor es el coste que impone la venganza del ortodoxo, es decir cuanto mayor es el coste de la disidencia. Esto es algo que se deduce del trabajo de Akerlof y Kranton y, en el sentido

expresado, puede interponerse en nuestro individualismo valorativo. Es porque valoramos el grupo en sí que la disidencia tiene un coste en parte propio y en parte inducido por la venganza de los otros miembros del grupo al que pertenece el disidente.

Es este coste de la disidencia el que hace irrelevante la crítica de Sen al nacionalismo reduccionista. Este estaría equivocado porque reduce todas las comunidades a las que podemos pertenecer a una sola: la nacional. Es cierto, como él dice, que cada uno de nosotros pertenece simultáneamente a muchas comunidades identitarias y que esto debería hacernos reaccionar contra un nacionalismo chato que privilegia una sola. Su idea de diverse diversities es pues atractiva; pero también es verdad que nuestra pertenencia a diferentes comunidades puede ser ordenada por el coste de renunciar a cada una de ellas. Y, por ser claro, no me parece lo mismo renunciar a mi naturaleza de macho que a mi pertenencia a la comunidad de coleccionistas de soldaditos de plomo. El coste de abandonar esta última comunidad me parece dispensable mientras que el de renunciar a mi virilidad se me hace muy elevado. Creo que el coste de renunciar al imaginario cultural colectivo de una nación está más ceca del primero que del segundo.

Aunque irrelevante a nuestros efectos, la idea de Sen tiene interés tanto para su finalidad como para la mía. Lo que él pretende es argüir que la racionalidad no solo ha de ejercerse en la elección que tenemos que efectuar sobre nuestra propia multipertenencia; sino también que es prioritaria cuando tenemos que definirnos sobre la finalidad de un grupo al que pertenecemos. Mi finalidad es otra. No pretendo localizar el origen de la violencia en la pertenencia porque no creo que este origen sea un hecho incontrovertible en la práctica; sino continuar relativizando el individualismo

Un aspecto específico de esta relativización del individualismo metodológico, es que la racionalidad individual puede no agotarse en la instrumental ni siquiera aderezando esta última con gotas de altruismo. Cabe pensar en una racionalidad expresiva¹² que lleva a decisiones que indican la pertenencia y que no es sino el trasunto del compromiso con la identidad: “commitment”. Sobre este concepto hay todo un simposio en Economics and Philosophy montado alrededor de aspectos de la obra de Sen. Mi lectura de este simposio, no necesariamente compartida, es que, o bien están hablando de identidad, o bien la idea de “commitment” está vacía. Es sólo por lo ya dicho respecto a la identidad que el “commitment” es técnicamente posible y que, por lo tanto, puede servir para explicar muchos fenómenos económicos difíciles de explicar en su ausencia.

Quizá más interesante, por lo tanto, que darle vueltas a la naturaleza de lo que entendemos por “commitment” sea preguntarnos qué pasa cuando no puede ser sostenido por la identidad de un grupo. Entonces lo que ocurre es que entramos en una especie de contradicción. Por un lado la delegación, por ejemplo, puede sustituir al “commitment”; pero por otro lado no es fácil de entender por qué querríamos delegar para conseguir aquello que no nos pide el cuerpo precisamente por falta de identidad que lo incluya entre sus rasgos definitorios.

4.2. RECONOCIMIENTO

Ahora podemos entender bastante bien porqué el nacionalismo no es sólo antiindividualismo; sino que además representa la exigencia del reconocimiento como entidad colectiva que no quiere pasar desapercibida. Si pasara desapercibida por otros

individuos, o por otros grupos, la nitidez de la identidad sería menor, es decir la fijeza de la identidad se debilitaría porque el costo de la disidencia sería menor y el coste de la venganza contra el disidente debería ser mayor para ser efectivo. En consecuencia el “commitment” sostenido por la identidad sería menos exigente y todo lo que se puede conseguir con esa identidad se haría más difícil. En concreto en esa comunidad la confianza mutua sería menor y los costes de transacción mayores. Y, todavía más en concreto, habría que recurrir mucho más a menudo a la delegación para hacerse creíble como tal comunidad ante las demás.

Puesto que el reconocimiento tiene esta naturaleza, una identidad cultural está pidiendo a gritos el reconocimiento de otras identidades culturales. En este sentido podemos decir que un nacionalismo sostiene a otro, tal como ya he insinuado en la nota 1. La identidad de una comunidad no trivial, como la nacional, junto con el deseo y necesidad de esa comunidad de reconocimiento por parte de otras, conforma la pertenencia a la que ya he aludido, un sentimiento yo diría que genuino y muy extendido por mucho que se presuma por parte de algunos liberales de ser unos cosmopolitas que solo pertenecen al género humano porque “todos somos iguales”, tal como los caricaturiza el propio Sen

5.- INDIVIDUACIÓN

Llego ahora al corazón de lo que quiero decir. Que el nacionalismo puede, como mínimo, ayudar a la transformación del propio individuo haciéndolo pasar de una mera hipótesis no justificada del todo a una esperanza de futuro. Comenzaré pues afirmando que es perfectamente razonable pensar que el individuo no es el elemento primitivo del análisis, ni siquiera el último destinatario de los beneficios de la coordinación social, y, sin embargo, creer simultáneamente que quizás vamos en esa dirección: que el individuo se está haciendo, que la persona está sometida a un proceso de individuación. Esto tiene dos interpretaciones que conviene separar.

La primera interpretación a destacar es la que generalmente se asocia a la “individualisierung” estudiado por el matrimonio Beck. Este proceso consiste en que el agente individual, para la realización de sus actividades dirigidas a la consecución de sus objetivos, necesita cada vez menos el concurso de las instituciones. En un mundo globalizado en donde las TIC funcionan a pleno rendimiento y el conocimiento es la parte principal del valor añadido, el agente individual puede relacionarse directamente con cualquier otro individuo sin necesidad de instituciones intermedias, como por ejemplo la nación, el propio Estado, cualquier Iglesia, los clubs privados o las empresas. Esta individuación nos hace ver que quizá vamos lentamente hacia un cierto cosmopolitismo en el que, en el proceso de decisión individual, las instituciones sociales jugarán un papel muy poco condicionante y el individuo decidirá de acuerdo con las restricciones que él mismo se imponga. En este sentido podríamos hablar de la “individualisierung” como institucionalización del individuo.

Pero, a mi juicio, esta institucionalización del individuo no tiene gran cosa que ver con la conformación de un auténtico individuo, para la que reservo el nombre de

individuación y que constituye la segunda interpretación del “individualisierung”. Mientras las decisiones de una persona están dictadas en su mayoría por la identidad del grupo a que pertenece, menos auténtica es su individualidad. Para convertirse en un individuo genuino y autónomo, la persona debe despojarse de las señas de identidad del grupo a que pertenece. Tiene que irse liberando de aquellos rasgos que comparte con los demás miembros del grupo y pasar a compartir rasgos culturales alternativos que identifican a los miembros de otros grupos. Pero para ello no tiene más remedio que traicionar. En efecto no basta con salirse de un grupo para pasar a un limbo desidentificado; sino que no hay más remedio que pasar de un grupo identitario a otro y a esto se le llama traición, entendiendo ésta como la disidencia *in acto*. Esta traición se desarrolla en el tiempo pues el individuo que se lanza a enredarse en este proceso de individuación no llega a su meta a no ser que, una vez pasado a otro grupo, no abandone también éste a través del despojamiento de otro rasgo perteneciente a este tercer grupo. En el límite de este proceso el agente individual más o menos “repe” se ha convertido en un individuo genuino en el sentido de que ha conformado un vector de rasgos culturales que solo a él le definen. Se puede, por lo tanto, decir que el individuo se hace tal a través de la pertenencia a diferentes grupos a los que traiciona secuencialmente. Hacerse individuo auténtico en el sentido heideggeriano pasa por traicionar al grupo en mayor o menor medida.¹³

Este proceso es muy caro cuando lo medimos en términos del coste de la disidencia. Como no creo que el imaginario cultural colectivo converja a uno dado, el proceso de individuación no tiene fin y, además, no creo que fuera bueno que lo tuviera pues, además de perder oportunidades de acceder a la autenticidad perderíamos diversidad. En efecto, los imaginarios culturales colectivos vehiculan pautas

conductuales que, por un lado, facilitan la vida en común y que, por otro lado, es bueno que sean plurales y se rocen unas con otras contribuyendo a la emergencia de otras nuevas y presumiblemente “mejores”.

Ahora bien, desde esta segunda interpretación del “individualisierung”, no es difícil concluir que ha de tener consecuencias sobre la influencia que el individuo auténtico puede llegar a tener en el conjunto de coaliciones y, a través de ello, en la equivalencia entre lo individual y estratégico, que ocurre a través del mecanismo de precios, y lo cooperativo, que ocurre entre los grupos a través del mecanismo de veto a asignaciones mejorables.

Especulando un poco podríamos decir que cuanto más fuerte son las identidades más costosa es la traición y tanto más creíble y profunda cuando, a pesar de todo, se lleva a cabo. Si no hay traición porque resulta demasiado cara, más probable es la “self consistency” y más fácil sería pensar en la estabilidad en la estructura de coaliciones. Pero en estas circunstancias deberemos esperar que $W(E)$ sea un subconjunto propio de $N(E)$. Es decir, debemos esperar que sea más difícil descentralizar mediante el mecanismo de precios asociado a la competencia individual una asignación en el núcleo tomada al azar.

En otras palabras, cuanto más potente es el nacionalismo en el mundo, más auténtica es la individuación de los pocos que consiguen traicionar; pero tanto menos justificado está el individualismo ingenuo asociado al cosmopolitismo desiderativo, menor es su alcance y más alejada su consecución precisamente porque son pocas

personas las que consiguen su individuación. Este es un ejemplo típico de los trade-offs o dilemas que muy a menudo confrontan los economistas. Por un lado, en presencia de un nacionalismo identitari profundo, podemos tener un máximo de autenticidad individual para algún individuo; pero por otro lado, en ese caso, tendremos un mínimo de cosmopolitismo auténtico pues muy pocos traicionan. Es decir, el cosmopolitismo desiderativo asociado al individualismo ingenuo pervive y persiste. Visto de otra manera, podemos tener un mínimo de autenticidad individual y un máximo de cosmopolitismo desiderativo impostado como individualismo genuino y amplio de miras que, sin embargo, es falso. Yo pienso que este individualismo poco genuino es el que hoy priva entre muchos autonostrados liberales.

6. ALGUNAS CONCRECIONES

El nivel de abstracción en el que me he movido hasta ahora ha hecho imposible la consideración de algunas concreciones del problema de la posible o imposible compatibilidad entre liberalismo y nacionalismo. En esta sección trataré de examinar algunas de estas concreciones a la luz de lo dicho hasta ahora.

La primera concreción de la que podría hablar es demasiado simple como para perder el tiempo en su consideración. Esta concreción sería si se puede ser nacionalista en el sentido proteccionista y liberal internamente. Como hay ejemplos múltiples aquí no se necesita pensar; sino simplemente señalar con el dedo: USA; España; y tantos otros Estados.

La segunda concreción es demasiado complicada para mí. Se trata del estudio histórico del nacionalismo. Cuándo un pueblo se convierte en Nación y, si esto ocurre antes o después de ser Estado, son cuestiones que no sólo me sobrepasan; sino que me parecen muy poco fértiles pues, para mí, lo interesante del nacionalismo no es de dónde viene, sino a dónde nos puede llevar, y para eso me parece que un tratamiento más analítico, aunque no necesariamente estático, del nacionalismo es más adecuado que todas las consideraciones históricas.

Una tercera concreción del problema a la que he renunciado hasta hora es la plausible coalición de liberalismo y nacionalismo ante un común enemigo: el Estado. Para el uno es demasiado intervencionista; para el otro demasiado grande. Lo curioso es que en los últimos años parece que la reducción del intervencionismo y del número de Estados independientes van de la mano. Colomer afirmaba hace un par de meses que : “ *La proliferación de países independientes en Europa y en el mundo es un éxito de las nuevas oportunidades de gobierno democrático*”. A pesar de que se refiere a Europa pues está hablando de Montenegro y de su secesión, el argumento es general : “ *En los grandes Estado, si son democráticos, en el mejor de los casos gobierna una mayoría. Pero con la creación de nuevas unidades políticas, las minorías estatales pueden convertirse en mayorías locales, de modo que aumenta el número total de individuos cuyas preferencias coinciden con las de su gobierno*”. Volveré sobre esta presunta homogeneidad de las nuevas “unidades políticas”; pero hay que seguir prestando atención a Colomer que continua presentando el porqué las pequeñas y meras unidades políticas tienen una oportunidad hoy: “*Las nuevas oportunidades de autogobierno democrático de las comunidades pequeñas se derivan sobre todo de los grandes*

mercados y los bienes públicos de gran escala provistos por los amplios acuerdos comerciales y militares internacionales y las unidades de tamaño imperial como la Unión Europea, las cuales convierten a los Estados tradicionales en menos necesarios y más engorrosos". Termina Colomer con una constatación de hecho: *"La inmensa mayoría de los países pequeños son democráticos, en una proporción mucho mayor que los Estados extensos y sobrepoblados"* Si ahora caemos en la cuenta de que la gran mayoría de esos países, pequeños países nuevos, no sólo son democráticos sino también no intervencionistas, tendremos que aceptar que tal como afirmaba, liberalismo y nacionalismo coinciden en su antiestatalismo.

Merece la pena mencionar una cuarta concreción del argumento abstracto elaborado en este trabajo. Si abandonamos el subyacente juego corporativo que hemos estado utilizando y nos ponemos a examinar el juego estratégico entre muchos estados pequeños, veríamos las ventajas que tiene esta competencia entre grupos rivales. Se alcanzaría una especie de equilibrio en el que desaparecerían las rentas de posición o de cualquier otra naturaleza, con las que algunos de esas jurisdicciones pequeñas podrían haber sido bendecidas¹⁴. Algo que debe satisfacer a los liberales y reafirmarles en la corrección de su pensamiento que, al apreciar la libertad en si misma, al menos en la mayoría de sus versiones, pueden enorgullecerse de que, además, el espontaneísmo libre que favorecen, genera una competencia que premia a cada uno con lo que merece.

Terminemos con una quinta y última concreción ya más cercana al nivel de abstracción utilizado en el argumento principal. Si la proliferación de pequeños Estados a los que se refiere Colomer hace de ellos algo más homogéneo, parecería en primer

lugar, que al desaparecer las oportunidades de formar coaliciones internas, el núcleo se ensancharía y muchas de las asignaciones que están dentro de él dejarían de poder ser descentralizadas, eliminando así las oportunidades para un verdadero natural y auténtico cosmopolitismo. Podríamos pensar que, además de esta indeseable implicación, esto haría que la economía mundial pudiera desintegrarse. Podría darse el caso, pero no ocurrirá esta desintegración por las enormes ventajas del comercio libre. Lo interesante, creo, es que en estas circunstancias se eliminan oportunidades para un cosmopolitismo natural y no hay más remedio que aceptar que, para conseguir desembarazarse del desiderativo no hay atajos, hay que traicionar pagando el coste de la disidencia.

7. CONCLUSIÓN

Las dos últimas concreciones muestran que el nacionalismo generalizado necesita del liberalismo para desplegar todo su potencial. Pero el argumento abstracto general, aunque haya sido un poco complicado, creo que aboca a una conclusión sencilla y paradójica a la vez y, desde luego, mucho más radical.

Al nivel de abstracción al que me he movido, el argumento parece realmente complicado; pero la conclusión es sencilla aunque algo paradójica. La traición es necesaria para la individuación y, en consecuencia, para poder ser un liberal que no sea meramente voluntarioso o de salón como lo son los cosmopolitas desiderativos.. Pero no hay traición verdadera sin grupo al que traicionar y grupo al que pasarse, no hay traición sin un nacionalismo generalizado aplicable a varios grupos. Luego, finalmente, no se puede ser (del todo) liberal sin ser (algo) nacionalista.

Esta es mi contestación a la pregunta planteada sobre si se puede ser liberal y nacionalista simultáneamente. No sólo se puede; sino que el ser nacionalista me parece condición necesaria para ser liberal. Me parece que esto es más radical que la defensa a ultranza del principio de autodeterminación. En este principio están de acuerdo tanto el liberalismo como el nacionalismo pero esta coincidencia no les convierte en equivalentes, les separa la cuestión del individualismo y en el examen de éste ha estado centrado este trabajo. Para el liberalismo el agente individual está ya hecho; para el nacionalismo esta haciéndose. Y esta diferencia es muy importante. Tanto que justifica la necesidad del nacionalismo para alcanzar un liberalismo más contundente que el tan publicitado cosmopolitismo que, a mi juicio, no sería verdaderamente auténtico.

Me permito concluir con una especie de propuesta de principios. Lo que realmente sería el arreglo óptimo sería un mundo con muchas identidades nacionales. Al ser muchas la disidencia sería menos costosa y las comunidades e harían y desharían con mayor facilidad. En consecuencia nos acercaríamos al *bench mark* asociado al Teorema de equivalencia vigorizando lo que podríamos llamar la “lógica Individual” frente a la grupal. Y, además, conseguiríamos una generalizada semiautenticidad de muchas personas acercándonos así al cosmopolitismo genuino.

Creo que esta última reflexión justifica el título de este trabajo: A la Individuación por la Pertenencia

REFERENCIAS

Akerlof, G y R.E. Kranton (2000): “Economics and Identity”, Quarterly journal of Economics,CXV,3

Barberá, S. y A. Gerber (2005): “ A Note on the Impossibility of a Satisfactory Concept of Stability for Coalition Formation Game”, de próxima publicación en Economic Letters

Blackmore,S. (1999): The Meme Machine, Oxford

Beck, U. y E. Beck (2003): La Individualización, Barcelona

Colomer,J.M. (2006): “Montenegro libre”, El País, 27.05.06

Davis,J. (2003): The theory of the individual in Economics. Identity and Value, London

Dawkins, R. (1989): The selfish Gene, Oxford

Fusi, J.P. (2006): Identidades Proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas, Barcelona

Hayeck, F. (1944): The Road to Serfdom, Chicago

Hargreaves-Heap,S. (1985) : Rationality in Economics, Oxford

Lawson, A. (1997): Economics and Reality, London

Mas-Colell, A.(1985): The Theory of General Economic Equilibrium: A Differential Approach, Cambridge, U.K.

Mill, J.S. (1997): Sobre la Libertad, Madrid

Miller, D. (1995)

Nagel, T. (1991)

Pettit, Ph. (2001): “ Deliberative Democracy and the Discursive Dilemma”, Philosophical Issues (supp. Nous), vol. II

Rodriguez Braun, C. (2006): “Doscientos años del primer socialista”,EXPANSION, 6/7. 06.06.

Sen, A. (2006): Identity and Violence

Symposium on Rationality and Commitment (2005). Economics and Philosophy,21

Taylor, Ch (2006): Imaginarios Sociales Modernos, Barcelona

Urrutia, J. (1998): “Reflexiones sobre la precariedad de algunas instituciones. El caso de un Banco Central Independiente”, Isegoria

Urrutia, J. (): “ Una Reconstrucción de la Fraternidad Aristotélica mediante la Teoría de los Juegos Evolutivos”, Telos

Urrutia, J. (2006): “Economics and Ontology”,

Urrutia, J. (2004/05): El Capitalismo que Viene, Boletín de Inflación y Análisis

Macroeconómico (BIAM),.....

Urrutia, J. (2005): La Mirada del Economista.

Woolf, M. (2004): Why Globalization Works, New Haven.

¹ NOTAS

Se levantan voces llamando al nacionalismo inglés frente al galés y al escocés. Un nacionalismo alimenta otros tal como veremos más adelante Ya veremos también si para lo bueno o para lo malo.

²Evitaré, en efecto, la mención de nacionalismos separatistas para poder concentrarme en principios generales y no distraerme con cuestiones que, aunque muy importantes, no son lo suficientemente generales.

³La referencia más clásica es ya la del libro de A. Más-Colell.

⁴Este cosmopolitismo desiderativo no tiene nada que ver, sin embargo, con el internacionalismo proletario que, sin embargo, también adolece del “todos somos iguales”.

⁵Esta propiedad de la formación de coaliciones conformaría una base para la intuición “austriaca” de la continua variación en los grupos sociales, una intuición que no es ajena al postmodernismo de los juegos evolutivos aunque éstos pueden alcanzar un equilibrio.

⁶De estos tres principios me he ocupado en un trabajo recientemente aparecido en CLAVES dedicado a conmemorar el 60 aniversario de Camino de Servidumbre de Hayek. Notemos que el espontaneísmo social encaja en la inestabilidad de las soluciones de los juegos cooperativos de formación de coaliciones, tal como pretendía sugerir en la nota anterior.

⁷A este respecto es muy útil leer con atención el reciente libro de J.P. Fusi en el que se presentan varios casos de grupos no nacionalistas en sociedades predominantemente nacionalistas.

⁸He argüido en Urrutia(1999) que las instituciones de diseño que no son el resultado de haber alcanzado el equilibrio de un proceso dinámico, más o menos bien representado por un juego evolutivo, no son estables y no duran.

⁹Se trata sin duda de un principio básico del liberalismo; pero existen demasiadas variantes como para singularizar una concepción determinada como característica del pensamiento liberal. Pensemos en la oposición entre Mill y Hayek por ejemplo. El primero sería para Carlos Rodríguez Braun el precursor del socialismo al que, incidentalmente, proveería con una justificación liberal.

¹⁰Consultar mi blog:juan.urrutiaejalde.org en el que, bajo el epígrafe de Economics and Ontology trato de explicar la posición de Lawson y de aportar mis apostillas a la misma.

¹¹Los memes fueron mencionados por Dawkins como los genes de la sociedad. Ver también el trabajo de Blackmore

¹²Asociada al nombre de Shaun Heagreaves– Heap.

¹³De acuerdo con lo que dije en “El dilema de un nacionalista de hoy” (ver Urrutia 2005), la traición conlleva las connotaciones peyorativas que le atribuye el nacionalismo cuando éste es el de tipo histórico y basado en algún mito fundacional; pero también hay que advertir que no tiene por qué conllevar esas connotaciones peyorativas cuando se trata simplemente de explorar otras posibilidades tal como se supone que se hace en el espontaneísmo austriaco. Por otro lado lo que acabo de decir en el texto es similar a o que ya dijo Habermas apoyándose en Piaget: que el individuo solo alcanza la madurez moral en el estado postconvencional, cuando aprende a desafiar las normas del grupo. Debo esta última referencia a David Teira.

¹⁴Esto es el eje central de mi trabajo El Capitalismo que Viene y que se publicó por entregas en el Boletín de Inflación y Análisis Macroeconómico (BIAM), Instituto Flores de Lemus, U. Carlos III de Madrid. Sobre la disipación de rentas que se menciona en el texto ver especialmente el Epílogo aparecido en el número del citado Boletín.